

casamata; las barracas en donde estaban espirando más de ciento cincuenta personas en cada una, todas inocentes, patriotas y honradas, sumidas en la miseria, rodeadas de inmundicias, en la más horrorosa confusión, bajo el sol de los trópicos y lejos de los suyos, que hace delirar la fiebre y que aterroriza la desesperación.

Añadid también los desgraciados que cayeron en poder de los gendarmes, atados de dos en dos, almacenados en el fondo de los pontones del *Magellan*, del *Canadá* ó del *Duguesclin*, y arrojados á Lambessa y á Cayena con los penados sin saber por qué, ó por mejor decir, sin ningún motivo.

Uno, llamado Alfonso Lambert, de L'Indre, arrancado moribundo de su lecho; otro, Patureau Franceur, viador, deportado porque en su pueblo se le quiso nombrar presidente de la República; aquel, Valette, carpintero en Chateaux, deportado por haber rehusado seis meses antes del 2 de Diciembre, y el día de una ejecución capital, levantar la guillotina.

Añadid la caza hecha á los hombres en las aldeas; la batida de Viroy en las montañas de Lure; la batida de Pellion en los bosques de Clamecy con quinientos hombres; el "orden", restablecido en Crest; dos mil insurrectos; trescientos muertos; las columnas móviles por todas partes.

Añadid á Carlos Sauvan, de Marsella, sobre quien, y al gritar ¡Viva la República!, hizo fuego un granadero del 54.º regimiento, y le entró la bala por los riñones, saliéndole por el vientre; á Vincent, de Bourges, alcalde accidental de su municipio y anciano de sesenta años, que por protestar, como magistrado, del golpe de Estado, se le persigue en su pueblo, se escapa, se le alcanza; un soldado de caballería le corta dos dedos de un sablazo, otro le parte la cabeza, cae, y se le transporta al fuerte de Ivry antes de curarle.

Añadid también hechos como el que sigue:

En el Cher es detenido el representante Viguier. Detenido! Y por qué? Porque es representante, porque es inviolable, porque el sufragio del pueblo le ha hecho sagrado.

Cierran á Viguier en la cárcel. Un día se le permitió salir una hora para arreglar ciertos negocios que reclamaban imperiosamente su presencia. Antes de salir, dos gendarmes, el uno llamado

Pedro Guéret y el otro Dubernelle, jefe, se apoderaron de Viguier; el jefe le colocó las manos la una contra la otra, de manera que las palmas se tocasen, y las ató fuertemente por las muñecas con una cadena; como pendía parte de ésta, el jefe hizo pasar á todo trance el cabo de dicha cadena por entre las manos de Viguier, aun á riesgo de romperle las muñecas por la presión. Cuando tal hubiese hecho, las manos del prisionero se hincharon y amorataron.

—Esto es todo lo que me dais? preguntó tranquilamente Viguier.

—Ocultad las manos, responde el gendarme con retintin, si es que teneis vergüenza.

—Miserable! replicó Viguier; á quien de los dos deshonra esta cadena es á tí.

Viguier atravesó de aquel modo las calles de Bourges, donde habitaba ya treinta años, levantando las manos y enseñando las cadenas.

El representante Viguier tenía setenta años.

Añadid los fusilamientos sumarios en veinte departamentos.

"Todo lo que resiste," escribe el señor Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, "debe ser fusilado en nombre de la sociedad y en legítima defensa." (1)

"Seis días han bastado para sofocar la insurrección," escribe el general Levailant, que dirige el estado de sitio del Var.

"He hecho muy buenas aprehensiones," escribe desde Saint-Etienne el general Viroy, "y he fusilado á ocho individuos sin esperar á nada; persigo á los jefes de los bosques."

En Bordeaux, el general Bourjoly manda á los jefes de las columnas móviles "que se fusile en el campo á todos los individuos encontrados con las armas en la mano."

En Forcalquier, la proclamación del estado de sitio dice: "La ciudad de Forcalquier queda en estado de sitio. Los ciudadanos que *no hayan tomado parte* en los acontecimientos del día y *tengan armas en su poder*, quedan obligados á presentarlas, bajo pena de ser fusilados."

(1) Hé aquí tal cual salió en el *Monitor* este odioso despacho:

"Ha cesado ya en París, merced á una represión vigorosa, toda insurrección armada. La misma energía tendrá iguales efectos en los demás puntos.

»Partidas armadas que llevaban el pillaje, la violación y el incendio por todas partes, se han puesto fuera de la ley. Con ellas ni se puede parlamentar ni se puede guardar intimación; se les ataca y se les dispersa.

»Todo lo que resiste debe ser fusilado en nombre de la sociedad y en su legítima defensa."

La columna móvil de Pézenas llegó á Servian, y á un pobre hombre que procura escaparse de una casa cercada le mata á tiros.

En Entrains hiciéronse ochenta prisioneros; de entre éstos, uno pretende salvarse á nado, pero se hace fuego sobre él, le atraviesa una bala y se sumerge para siempre en el agua.

Los restantes fueron fusilados en el acto.

A estos excesos execrables añadid estos otros infames:

En Brioude, Alto-Loira, fueron reducidos á prisión un hombre y una mujer, por haber cultivado el campo de un proscripto.

En Loriol (la Drome), Astier, guarda rural, fué condenado á veinte años de trabajos forzados por haber dado asilo á algunos fujitivos.

Añadid también (y la pluma tiembla al escribirlo) el restablecimiento de la pena de muerte, la nueva elevación de la guillotina política, las sentencias horribles; los ciudadanos condenados á muerte en cadalso por los jueces jenízaros de los Consejos de guerra, como en Clamecy, Milletot, Jouannin, Guillemot, Sabatier y Four; en Lyon, Courty, Romégal, Bressieux, Fauritz, Julien, Roustain y Garan, teniente alcalde de Clioussat; en Montpellier, diez y siete por la cuestión de Bédarrioux, que son: Mercadier, Delpech, Denis, André, Barther, Triadou, Pierre, Carrière, Galzy, Calas (a) el Vaquero, Gardy, Jacques Pagés, Michel Hércule, Mar, Vène, Frié, Malaterre, Beaumont y Pradal, los seis últimos, por fortuna, contumaces; y en el mismo Montpellier todavía otros cuatro: Choumac, Vidal, Cadelard y Pagés.

Cuál es el crimen de esos hombres?

Su crimen es el mismo que el tuyo, si es que eres buen ciudadano; el mismo que el del que escribe estas líneas; es la obediencia al artículo 110 de la Constitución, es la resistencia armada al atentado de Luis Bonaparte; y el Consejo "ordena que la ejecución tendrá lugar *en la forma ordinaria*, en una de las plazas públicas de Béziers," para los cuatro últimos; y para los otros diez y siete, en una de las plazas públicas de Bédarrioux.

Así lo anunciaba el *Monitor*, si bien es verdad que el *Monitor* anunciaba al propio tiempo que el servicio del último baile dado en las Tullerías había sido prestado por trescientos criados de fonda, con la rigurosa etiqueta prescrita

por el ceremonial de la antigua casa imperial.

Hé aquí lo que acaba de pasar en Belleley, en el momento que escribimos estas líneas:

En Bujez, cerca de Belleley, un obrero llamado Charlet había sostenido arduamente el 10 de Diciembre de 1848 la candidatura de Luis Bonaparte, y distribuido con tal objeto papeletas y apoyado, propagado y hasta comprado votos para dicha candidatura. La elección fué para él un triunfo.

Confiaba en Luis Napoleón y creía de buena fé en los escritos socialistas del prisionero de Ham y en sus programas "humanitarios," y republicanos.

El 10 de Diciembre había muchos balcones de ese género, pero hoy son los más indignados.

Cuando Luis Bonaparte subió al poder y vieron lo que hizo de los cándidos, las ilusiones se desvanecieron.

Charlet, hombre de inteligencia, cuya probidad republicana se sublevó poco á poco, á medida que Luis Bonaparte se hundía más y más en la reacción, Charlet se separaba de él, pasando así de la adhesión más fiel á la oposición más leal y más viva. Tal es la historia también de muchos nobles corazones.

El 2 de Diciembre Charlet no vaciló un momento. En presencia de todos los atentados que constituyeron el acto infame de Luis Bonaparte, Charlet sintió en su interior clamar la voz de la ley, y se dijo que debía ser tanto más severo con él, porque era uno de aquellos cuya confianza había sido burlada del modo más indigno. Comprendió claramente que en él no existía más que un deber como ciudadano, deber estrecho y que se confundía con el derecho, cual era el de defender la República y la Constitución y resistir por los medios humanos al hombre que la izquierda, y su crimen más que la izquierda todavía, acababan de poner fuera de la ley.

Cuando los refugiados en Suiza pasaron armados la frontera, atravesaron el Rhone cerca de Anglefort y entraron en el departamento del Ain, Charlet se unió á ellos.

En Seyssel encontró aquel pequeño ejército á los carabineros. Estos, cómplices voluntarios ó extraviados del golpe de Estado, quisieron oponerse á su paso. Vino, pues, el choque, quedó muerto un carabinero é hicieron prisionero á Charlet.

El golpe de Estado condujo á Charlet

ante un Consejo de guerra. Se le acusó de la muerte del carabinero que fué muerto en un combate. Bajo todos aspectos Charlet era extraño á aquella muerte, porque el carabinero habia caido atravesado por una bala, y él no tenia otra arma que una lima aguzada.

Charlet, no queriendo reconocer por tribunal al grupo de hombres que pretendia juzgarle, les dijo:—"Ustedes no son jueces; dónde está la ley? La ley está de mi parte," y rehusó contestar ya á toda pregunta.

Interrogado sobre la muerte del carabinero, no quiso contestar, á pesar de que con una sola palabra hubiera podido aclararlo todo; pero descender á una explicacion hubiera sido aceptar en cierto modo aquel tribunal. Por lo mismo no quiso defenderse y guardó silencio.

Aquellos hombres le condenaron á muerte "segun forma ordinaria de las ejecuciones criminales".

Pronunciada la sentencia, pareció luego como que la habian olvidado; pasaron dias, semanas y meses. Todos decian á Charlet en su prision:—"Se ha salvado V."

El 29 de Junio, al rayar el dia, la ciudad de Belley vió una cosa lúgubre. El cadalso habia sido levantado durante la noche y en medio de la plaza pública.

Los habitantes se dirigian pálidos los unos á los otros y se preguntaban:—"¿Ha visto V. lo que hay en la plaza?"

—Sí.

—Para quién es?

Era para Charlet.

La sentencia de muerte habia sido remitida al señor Bonaparte, quien, *abrumado por otros negocios*, la habia dejado dormir largo tiempo en el Eliseo; pero una mañana, despues de siete meses, y cuando ya nadie pensaba ni en el combate de Seyssel, ni en el carabinero muerto, ni en Charlet, M. Bonaparte, deseando sin duda meter algo entre la fiesta del 10 de Mayo y la fiesta del 15 de Agosto, firmó la orden de la ejecucion.

El 29 de Junio, pues, despues de algunos dias de zozobra, Charlet fué sacado de la prision. Se le dijo que iba á morir, pero permaneció tranquilo.

El hombre que tiene la justicia de su parte no teme morir, porque siente que se agitan en él el cuerpo, que se puede matar, y la justicia, cuyos brazos no se dejan atar y cuya cabeza no rueda al golpe de la cuchilla. Se quiso hacer subir á Charlet en una carreta, pero él

contestó á los gendarmes:—"No; iré á pié: aun puedo andar, no tengo miedo.

Una inmensa muchedumbre se agrupaba á su paso. Todos le conocian en el pueblo y le querian; sus amigos buscaban su mirada. Charlet, con los brazos atados á la espalda, saludaba con la cabeza á derecha é izquierda.

—Adios, Jaime; adios, Pedro, decia sonriendo á sus amigos.

—Adios, Charlet, respondíanle éstos llorando.

La gendarmería y la tropa de línea rodeaban el cadalso.

Charlet subió con paso lento y firme.

Cuando se le vió de pié en el cadalso, la muchedumbre sintió un fuerte estremecimiento; las mujeres lanzaron gritos, los hombres crisparon el puño.

Mientras se le arreglaba el cabello para matarle, miró la cuchilla y dijo:—"¿Cuando pienso que he sido bonapartista!"

Y despues, levantando los ojos al cielo, gritó:—"Viva la República!"

A poco rodó su cabeza por el suelo.

Este dia fué un dia de luto en Belley y en todos los pueblos del Ain.

—Cómo ha muerto? preguntaban todos con afán.

—Como un héroe!

—Loado sea Dios!

Esta es la manera cómo viene á morir un hombre honrado.

El pensamiento sucumbe y se abisma en el horror ante hecho tan monstruoso.

Este crimen, añadido á los otros crímenes, los completa y los sella con una especie de sello siniestro.

Es aun más que el complemento: es el coronamiento.

Se comprende que M. Bonaparte debe estar contento. Hacer fusilar de noche en la oscuridad, en la soledad, en el Campo de Marte, bajo los arcos de los puentes, detrás de una muralla desierta, sin saber á quién, al azar, en confusion, á personas desconocidas, á las sombras que se mueven, sin saber siquiera el número; hacer matar anónimos por venganza de otros anónimos; y que todo ello quede oculto en las tinieblas, en el olvido, á la verdad, es poco satisfactorio para el amor propio.

Las gentes escrupulosas tendrían el derecho á decirle:—"Vemos claro que tienes miedo; todas esas iniquidades no las cometerías en público," y en cierto modo tendrían razon.

Arcabucear á las gentes por la noche es una violacion de todas las leyes divi-

nas y humanas, pero no es en cambio tan insolente ni tan glorioso como erigir en pleno dia en la plaza pública el cadalso legal, el aparato regular de la vinda social, como entregar inocentes á la cuchilla. Ah! ¡eso es diferente, es muy diferente! Eso no es cometer un asesinato en pleno dia, en el centro de una ciudad, por medio de una máquina llamada tribunal ó Consejo de guerra, á la que ayuda otra máquina fabricada por un carpintero, ajustada, encajada y engranada; traer dos cestos y añadir: "Este será para el cuerpo y este otro para la cabeza"; esperar la hora convenida, llevar atada con cuerdas la víctima, asistida por sacerdotes; proceder al asesinato á sangre fria; encargar á un notario que levante proceso verbal; rodear el asesinato de gendarmes con el sable desenvainado y de manera que el pueblo, horrorizado, que no se dá cuenta de lo que vé, dude si aquellos hombres de uniforme son una brigada de gendarmes ó una partida de bandidos, y se pregunte, mirando al hombre que arregla la cuchilla, si es el verdugo ó si es un asesino...

Esto es más bueno aun; esto es acordarse despues de siete meses, como de un olvido que se repara, de dar un bofetón á la justicia; esto es horrible, es el colmo de lo execrable.

Hé aquí el paralelo terrible y que resume toda la situacion: dos hombres; un obrero y un príncipe.

El príncipe comete un crimen y entra en las Tullerías.

El obrero cumple con su deber y sube á un cadalso.

¿Y quién es el que erige el cadalso al obrero? El príncipe.

¡Sí, ese hombre, que si hubiéramos sido vencido en Diciembre no se hubiera escapado de la pena de muerte, sino por la omnipotencia del progreso y por la extension del extremo generoso, del principio de la inviolabilidad de la vida humana! ¡Ese hombre, ese Luis Bonaparte, ese príncipe que transporta á su política la política de los Poulmann y de los Soufflard, es quien vuelve otra vez á levantar el patíbulo, sin que su mano tiemble, sin que su rostro palidezca, sin que comprenda que las gradas del patíbulo son una escala fatal que nadie debe erigir, pero que una vez erigida, nadie debe derribarla, y que el que la levanta para otro, la encuentra más tarde para él mismo!

No; ese hombre no es razonable; tiene deseos, tiene caprichos, y precisa que los

satisfaga. Son los deseos del dictador.

La omnipotencia seria empalagosa si no se la sazona de tal modo.

¡Adelante, cortad la cabeza á Charlet y á los que os ocurra!

M. Bonaparte es príncipe-presidente de la República francesa; M. Bonaparte tiene diez y seis millones de francos cada año, cuarenta y cuatro mil francos cada dia, veinticuatro cocineros para su servicio personal y otros tantos ayudantes de campo; tiene derecho de cazar en los estanques de Saclay y de San Quintin, en los bosques de Laigne, de Ourscamp y de Carlemont, en los montes Champagne y de Barbeau; posee las Tullerías, el Louvre, el Eliseo, Rambouillet, Saint-Cloud, Versailles, Compiègne; tiene su palco imperial en todos los teatros, fiesta, gala y música todos los dias, la sonrisa de M. Sibour y el brazo de la señora marquesa de Douglas para entrar en el baile; pero todo esto no le basta: le falta todavía la guillotina; le faltan algunos de esos cestos encarnados en medio de los cestos de vino de Champagne.

Ah! Ocultemos el rostro con ambas manos. Ese hombre, ese odioso verdugo del derecho y de la justicia, tenia todavía el mandil puesto y las manos en las palpitantes entrañas de la Constitucion y los piés en la sangre de las leyes degolladas, cuando vosotros, jueces; cuando vosotros, magistrados, hombres de la ley, hombres del derecho... Pero me detengo; ya os encontraré más tarde con vuestras togas negras y encarnadas, con vuestras togas de color de tinta y de color de sangre; también les encontraré y volveré á castigarlos y los castigaré todavía, á esos otros, á vuestros jefes, á esos juristas sostenedores de la asechanza; á esos prostituidos, á ese Baroche, á ese Suin, Royer, Mongis, Rouher, Troplong, desertores de las leyes; á todos esos nombres que no expresan otra cosa que la cantidad de desprecio posible en el hombre.

Si el dictador no ha aserrado á sus víctimas entre dos planchas, como Crispien II; si no ha sepultado en vida á las personas, como Ludovico el Moro; si no ha levantado los muros de su palacio con hombres vivos y con piedras, como Timourg-Beig, que, segun dice la leyenda, nació con las manos cerradas y llenas de sangre; si no ha abierto el vientre á las mujeres embarazadas como César, duque de Valentinois; si no ha colgado á las mujeres de sus pechos, *testibusque viros*, como Fernando de Toledo; si no ha enrodado, quemado, crucificado y des-

cuartizado, no le acrimineis; no es culpa suya, sino del siglo actual que se lo impidió. El hizo todo lo que le fué humana ó inhumanamente posible.

En el siglo diez y nueve, siglo de dulzura, siglo de decadencia, como dicen los absolutistas y los papistas, ha igualado en ferocidad Luis Bonaparte á sus contemporáneos Haynau, Radetzky, Filangieri, Schwartzberg y Fernando de Nápoles, y aun quizá los ha superado. Mérito raro, y el cual hemos de tener en cuenta como una dificultad más para la escena que representó en Francia.

Hagámosle justicia. En el tiempo en que estamos, Ludovico Sforza, el Valentiniano, el duque de Alba, Timour y Cristierno II no habrían hecho más que Luis Bonaparte. Este los hubiera imitado á vivir en sus épocas; en la nuestra, en el momento de construir y de levantar las horcas, los potros, los caballetes, las gruas con cuerdas, las torres vivas, las cruces y las hogueras, hubiéranse aquellos detenido como él, á pesar suyo y sin saberlo, ante la resistencia secreta é invencible de la corriente moral, ante la fuerza invisible del progreso ilustrado, ante la formidable y misteriosa oposicion de todo un siglo que se eleva al Norte, al Mediodía, al Oriente, al Occidente y en derredor de todos los tiranos, diciéndonos:—¡No; no consiento semejantes barbaries!

III.

Lo que habria sido 1852.

Pero sin ese abominable 2 de Diciembre, "necesario," como dicen sus cómplices y también los desengañados, qué hubiera pasado en Francia?

Ah! vamos á verlo.

Retrocedamos algunos pasos y recordemos sumariamente la situacion tal cual era antes del golpe de Estado.

El partido del pasado, bajo el lema del orden, resistia á la República, ó en otros términos, resistia al porvenir.

Que haya ó no oposicion, que haya ó no consentimiento, la República, dejando á un lado toda ilusion, es el porvenir, próximo ó lejano, pero inevitable, de las naciones. ¿Cómo se establecerá la República? De dos maneras: ó por medio de la lucha ó por medio del progreso.

Los demócratas quieren que la traiga el progreso; sus adversarios, los hombres del pasado, traerla por medio de la lucha.

Como acabamos de manifestar, los hombres del pasado resisten, se obstinan y dan hachazos en el árbol, figurándose que así detendrán la sávia que sube, y lo que hacen es prodigar su fuerza, su puerilidad y su cólera.

No proferiremos ninguna palabra amarga contra nuestros antiguos adversarios, derribados en el mismo día que nosotros y en su mayor parte de una manera muy digna; nos concretaremos á manifestar que en semejante lucha la mayoría de la Asamblea legislativa de Francia entró desde los primeros días de su instalacion, desde el mes de Mayo de 1849.

Tal política de resistencia es una política funesta; tal lucha del hombre contra Dios es naturalmente vana, y si es fecunda en catástrofes, es nula en resultados. Lo que debe ser será; precisa que lo que deba correr, corra; que lo que deba caer, caiga; que lo que deba nacer, nazca; que lo que deba crecer, crezca: por eso mismo, cuando se oponen obstáculos á las leyes naturales, sobreviene el tumulto y el desorden comienza.

Atad una vena y adquirís una enfermedad; detened el curso de un río y obtendréis una inundacion; oponeos al porvenir y sobrevendrán las revoluciones.

Obstinaos en conservar en medio de vosotros, como si todavía viviera, el pasado, que ya ha muerto, y produciréis no sé qué epidemia moral; la corrupcion se esparcirá hasta por los aires que se respira, y clases enteras de la sociedad, los funcionarios por ejemplo, entrarán en putrefaccion, estallando la peste si llegais á guardar los cadáveres en vuestras casas.

Tal política, sin embargo, obceca por desgracia á los que la practican, y los que se consideran hombres de Estado están tan ciegos, que no comprenden ni lo que ellos mismos producen, ni lo que han originado, como tampoco comprenden que ellos son los que precipitan los acontecimientos y las catástrofes.

¿Qué diríamos de un campesino que construyese una barrera de una á otra parte del arroyo que pasa por delante de su cabaña, y que cuando el arroyo se convirtiera en torrente desbordado y destruyera las paredes, arrastrándolo todo, gritara:—Maldito sea el arroyo!...

Los hombres de Estado del pasado, esos grandes constructores de diques á

través de las corrientes, pasan el tiempo gritando:—Maldito sea el pueblo!

Suprimid á Polignac y las Ordenanzas de Julio, es decir, la barrera, y Carlos X hubiera muerto en las Tullerías.

Reformad en 1847 la ley electoral, es decir, quitad también la barrera, y Luis Felipe hubiera muerto en el trono.

¿Pero es esto decir que la República no hubiera venido?

No, no es eso.

La República, repitámoslo, es el porvenir, y habria venido paso á paso, de progreso en progreso, de conquista en conquista, como un río que se desliza y no como un aluvion que invade; habria venido á su hora, cuando todo hubiera estado preparado para recibirla; habria venido, no por cierto con más vida, porque desde ahora es indestructible; pero más tranquila, sin reaccion posible, sin príncipes que la acechasen, sin golpe de Estado que la contuviese.

La política de resistencia contra el curso de la humanidad crea cataclismos artificiales. Pretendió crear en el año 1852 una especie de eventualidad formidable, y siempre por el mismo procedimiento, por medio de la barrera.

Ved un camino de hierro; el tren vá á pasar dentro de una hora; si echais una viga á través de los rails, cuando el tren llegue se destrozará y realizareis otro Fampoux; pero quitad la viga á la llegada del tren y éste pasará sin sospechar siquiera que momentos antes le amenazaba una catástrofe.

Dicha viga es la ley del 31 de Mayo.

Los jefes de la mayoría de la Asamblea legislativa la habian arrojado al través de 1852, y gritaban: ¡Aquí se estrellará la sociedad! La izquiera les decia: ¡Quitad la viga, quitadla y dejad el paso libre al sufragio universal!

Esta es toda la historia del 31 de Mayo.

Estas son las verdades que un niño comprende y que los "hombres de Estado," no quieren comprender.

Ahora contestemos á la pregunta que hicimos hace poco.

Sin el 2 de Diciembre, ¿qué habria pasado en Francia en 1852?

Suprimid la ley de 31 de Mayo; quitad al pueblo la barrera; quitad á Bonaparte su palanca, su arma, su pretexto; dejad tranquilo al sufragio universal; quitad la viga puesta sobre los rails. ¿Sabeis lo que hubiera ocurrido en 1852?

Nada.

Se hubieran verificado otras elecciones,

que fueran como fiestas tranquilas, en las que hubiera ido á votar el pueblo, ayer trabajador, hoy elector, mañana otra vez trabajador y siempre soberano. Pero se contesta: Sí, elecciones! ¡hablais así por conveniencia! Pero ¿y la "Cámara roja," que hubiera salido de esas elecciones?

¿No se habia anunciado ya que la Constituyente de 1848 seria una "Cámara roja?"

Cámaras rojas, fantasmas rojos, todas estas predicciones se aprovechan para lograr inícuos fines.

Los que pasean al extremo de un palo esas fantasmagorías ante las masas horrorizadas, saben lo que se hacen y riense por detrás de los pingajos horribles que hacen flotar.

Bajo el largo ropaje de color de escarlata del fantasma que bautizaron con el susodicho nombre en 1852, se veian pasar las botas militares del golpe de Estado.

IV.

El Jacobinismo.

Despues del 2 de Diciembre, ya cometido el crimen, era natural que se pretendiera dar un desquite á la opinión, por lo que el golpe de Estado comenzó á gritar: Jacobinismo! como aquel asesino que gritaba: Al ladron!

Añadamos que se habia prometido un jacobinismo, y que M. Bonaparte no podia, sin arriesgarse á sus consecuencias, faltar á la fé de sus promesas.

¿Cuál era, sino el jacobinismo, el espectro rojo?

Precisaba dar alguna realidad á semejante espantajo, pues no se puede reirse de él en las barbas del pueblo y decirle al mismo tiempo:

—Eso no es nada, mentecatos; ¡es que os he hecho miedo!

Hubo, pues, *jacobinismo*. Las promesas anunciadas se cumplieron; las imaginaciones de los alucinados se hicieron públicas; se manifestaron los espantosos actos del Coco, y más de un niño, al leer los periódicos, hubiera podido reconocer en ellos al ogro del buen Perrault disfrazado de socialista.

Se supuso y se inventó cuanto se quiso, y esto era fácil de conseguir habiendo suprimido la prensa. El mentir es muy seguro cuando de antemano se ha arrancado la lengua á los que pudieran desmentirnos.

También se gritó: Alerta, propietarios! Sin nosotros estuviérais perdidos! Nosotros os hemos ametrallado, es verdad, pero era por vuestro bien. Mirad: los lollards estaban á vuestras puertas; los anabaptistas escalaban vuestras murallas; los husitas golpeaban en vuestras puertas; los harapientos subían vuestra escalera; los hambrientos codiciaban vuestro dinero. Alerta! ¿No se atrevieron esos miserables á violar alguna de vuestras mujeres?

Concedamos la palabra á uno de los principales redactores de *La Patrie*, llamado Froissard:

"Yo no osaré escribir ni contar los horribles actos é inconveniencias que cometían con las damas. Pero entre otros desórdenes y actos villanos, mataron á un caballero, le pasaron un asador de parte á parte, le dieron vueltas al fuego y le asaron en presencia de su mujer y de sus hijos.

"Después que diez ó doce de ellos forzaron á la dama, quisieron que ella y sus hijos comieran por fuerza carne del caballero, y después los mataron.

"Aquellos miserables robaban y lo incendiaban todo, y mataban, forzaban y violaban lo mismo á las casadas que á las doncellas, sin piedad ni compasión, como si fueran perros rabiosos.

"De tal modo viven esas gentes entre Paris y Noyon, entre Paris y Soissons y Ham en Vermandois, por toda la tierra de Coucy. Allí estaban los grandes ladrones y malhechores; que solo entre el condado de Valois, el obispado de Laon, de Soissons y de Noyon, despojaron más de cien castillos y casas acomodadas de caballeros y escuderos. Donde quiera que estaban robaban cuanto les venía á la mano. Pero Dios, por su gracia, puso el remedio que sabeis, y debemos darle muchísimas gracias."

Se reemplazó solamente á Dios por monseñor el príncipe-presidente. Pero esto era lo de menos.

Hoy, después de transcurridos ocho meses, ya sabemos á qué atenernos respecto á ese "jacobinismo"; los hechos han acabado por aparecer á la luz del día.

Y en dónde? cómo?

Ante los mismos tribunales de M. Bonaparte.

Los subprefectos, cuyas mujeres fueron violadas, jamás fueron casados. Los sacerdotes que fueron asados vivos y cuyos corazones se comieron los jacobinos, han escrito que se hallan en perfecta salud; los gendarmes, en derredor de

cuyos cadáveres habían danzado los jacobinos, han venido á deponer la verdad ante los Consejos de guerra; las cajas públicas que fueron robadas, se han encontrado intactas en manos de M. Bonaparte, que las ha "salvado"; el famoso déficit de cinco millones de francos de Clamecy, quedó reducido á doscientos francos gastados en bonos de pan.

Hé aquí lo que ha resultado de tanto estrago.

Una publicación oficial había dicho el 8 de Diciembre:

"El cura, el alcalde, el subprefecto de Joigny y muchos gendarmes han sido villanamente asesinados."

Pero hubo quien, en una carta que se hizo pública, decía: "Ni se ha derramado una gota de sangre en Joigny, ni se ha amenazado la vida de persona alguna."

Quién ha escrito tal carta?

El mismo alcalde de Joigny, villanamente asesinado.

M. Enrique de Lacretelle, á quien una partida armada le robó dos mil francos en su castillo de Cormatin, está aun hoy estupefacto, no del robo, sino de la mentira.

M. de Lamartine, á quien otra partida había querido saquear y probablemente ahorcar, y cuyo castillo de Saint-Point había sido incendiado y que "había escrito pidiendo socorro al gobierno", supo esto por medio de los periódicos.

El siguiente documento fué presentado ante el Consejo de guerra de la Nièvre, presidido por el ex-coronel Martimprey:

"ORDEN DEL COMITÉ.

"La probidad es una virtud de los republicanos.

"*Todo pillete ó ladrón será fusilado.*

"Todo detentor de armas, que durante doce horas no las haya depositado en la Alcaldía ó presentado, será preso y detenido hasta nueva orden.

"Todo ciudadano embriagado será desarmado y encarcelado.

"Clamecy 7 de Diciembre de 1851.

"Viva la República social!

"*El Comité revolucionario social.*"

Lo que se acaba de leer es la proclama de los "jacobinos."

Muerte á los pillos! Muerte á los ladrones!

Tal era el grito de los ladrones y de los pillos.

Uno de los jacobinos, llamado Gustavo Verdun-Lagarde, de Lot-et-Garonne, murió desterrado en Bruselas el 1.º de

Mayo de 1852, legando cien mil francos á su pueblo natal, para fundar en él una escuela de agricultura.

Este partidario de la distribución de bienes los distribuyó en efecto.

No hubo, pues, y los honrados encubridores del golpe de Estado así lo confiesan con agradable humor, tal "jacobinismo", es cierto; pero convenía hacerlo creer.

Sucedió en los departamentos lo mismo que en Paris: hubo resistencia legal, la resistencia prescrita á los ciudadanos por el artículo 110 de la Constitución y por el derecho natural; hubo *la legítima defensa* (esta vez la frase es propia) contra los "salvadores"; la lucha á mano armada del derecho y de la ley contra la infame insurrección del poder. Solo ocurrió que la República, sorprendida por la asechanza, peleó con el golpe de Estado. Hé aquí todo.

Veintisiete departamentos fueron los que se sublevaron:

El Ain, el Aude, el Cher, las Bocas del Ródano, la Costa de Oro, el Alto-Garona, Lot-et-Garonne, el Loiret, la Marne, la Meurthe, el Norte, el Bajo-Rhin, el Ródano, Seine-et-Marne, que cumplieron dignamente con su deber; y los Bajos-Alpes, el Aveyron, la Drôme, el Gard, el Gers, el Hérault, el Jura, la Vievre, el Puy-de-Dôme, Saone-et-Loire, el Var y Vaucluse, que se portaron intrépidamente y sucumbieron como Paris.

El golpe de Estado se portó tan feroz en todos esos puntos como en Paris.

Acabamos de dar un vistazo somero á tales crímenes.

Esa resistencia legal y constitucional, virtuosa resistencia, en la cual el heroísmo estuvo de parte de los ciudadanos y la atrocidad de parte del poder, es la que el golpe de Estado ha llamado jacobinismo.

Lo repetimos: tenían necesidad del fantasma rojo.

Agitaban el jacobinismo por dos fines, pues servía de dos maneras al Eliseo, ofreciendo doble ventaja: primero: para que se votara en favor del "plebiscito"; para hacer votar bajo la presión del sable y la del espantajo; para ejercer presión en los inteligentes; horrorizar á los crédulos, dejando el terror para éstos y el miedo para aquellos, como ya lo explicaremos á su debido tiempo: todo el secreto de la votación del 20 de Diciembre se encierra en el jacobinismo inventado, que les valió también para que sirviese de pretexto á las proscripciones.

Por lo tanto el año 1852 no contenía en su seno peligro alguno real.

La ley del 31 de Mayo, muerta moralmente, había sucumbido antes del 2 de Diciembre.

Una Asamblea nueva, un presidente nuevo, la Constitución pura y sencillamente puesta en práctica, elecciones, y nada más.

Suprimiendo á M. Bonaparte hubiera seguido la República en 1852. Pero para eso precisaba que M. Bonaparte se marchase; era él el obstáculo y fué el que trajo la catástrofe.

Ese hombre fatal cogió por la garganta una mañana la Constitución, la República, la ley, la Francia; dió al porvenir una puñalada por la espalda; pisoteó el derecho, la opinión, la justicia, la razón y la libertad; encerró á hombres inviolables, secuestró inocentes, desterró á hombres ilustres; cogió por los cabellos al pueblo en la persona de sus representantes; lo ametralló en los boulevares de Paris; lo fusiló sin formación de causa; llenó Mazas, la Conserjería, San Pelagio, Vincennes, los fuertes, las prisiones celulares, las casamatas y los calabozos de inocentes prisioneros y de cadáveres los cementerios; rasgó todos los códigos y violó todas las leyes; hizo perecer á millares de deportados en los pontones; envió á Lambessa y á Cayena ciento cincuenta niños de doce á quince años, siendo más grotesco que Falstaff y más terrible que Ricardo III.

Todo esto por qué? Porque habían, según él dijo, fraguado "un complot contra su poder"; porque el año que finalizaba se confabulaba traidoramente con el año que comenzaba para derribarlo; porque el artículo 45 celebró un pacto péfido con el calendario para echarle de la presidencia; porque el segundo domingo de Mayo quería "deponerle"; porque su juramento tenía la audacia de procurarle la caída; porque su palabra de honor conspiraba contra él.

A la mañana siguiente del triunfo se cuenta que dijo: "El segundo domingo de Mayo ha muerto."

No! ¡Es la probidad, es el honor, es el nombre del emperador lo que ha muerto!

¡El gran hombre yace en la capilla de San Gerónimo; debe extremecerse de desesperación si el clamor de la impopularidad llega á su tumba!

Mirad cómo los grandes recuerdos desaparecen y brillan recuerdos infames en todas partes con caracteres indelebles.

Ya nadie recuerda á Jena, á Marengo ni á Wagram.

Ahora solo se habla del duque de Enghien, de Jaffa, del 18 Brumario.

Se olvida al héroe y no se vé más que al déspota.

La caricatura comienza á adquirir perfil de César.

Qué personajes le rodean!...

Hay gentes ya que confunden al tío con el sobrino; á la gloria del Eliseo y á la vergüenza de la Francia.

El parodista toma los aires de jefe de administracion.

Oh! A su inmenso esplendor no le faltaba más que esa inmensa mancha; Luis Napoleon es peor que Hudson Lowe, porque Hudson Lowe no era más que un carcelero, porque Hudson Lowe no era más que un verdugo; y el hombre que asesina verdaderamente á Napoleon es Luis Bonaparte. Hudson Lowe no le mató más que la vida, y Luis Bonaparte mata su gloria. Ah, desgraciado! Todo lo toma, todo lo destruye, todo lo mancha, todo lo deshonorra; no puede tomar nada sin empañarlo con el vaho de sus crímenes.

Para su asechanza escoge el mismo mes, el mismo dia de Austerlitz. Vuelve de Satory como se vuelve de Aboukir. Hace salir no sé qué ave nocturna del 2 de Diciembre y la coloca sobre la bandera de Francia, diciendo: ¡Soldados, hed aquí el águila!

Toma de Napoleon el sombrero y de Murat la pluma.

Tiene su etiqueta imperial, sus chambelanes, sus ayudantes de campo, sus cortesanos.

En la época del emperador, éstos eran reyes; en su reinado son lacayos.

Tiene política propia; su 13 Vendimiaro propio, su 18 Brumario propio. Pretende también compararse. En el Eliseo ha desaparecido Napoleon el Grande; ahora se dice: *el tío Napoleon*.

El hombre del destino ha pasado ya.

El completo no es el primero, es el que ahora gobierna.

El primero solo vino á preparar la cama al segundo.

Luis Bonaparte, rodeado de criados y de mujeres, acomoda á los deseos de su mesa y de su alcoba la coronacion, lo sagrado, la Legion de Honor, el campo de Boloña, la columna Vendôme, Lodi, Arcola, San Juan de Acre, Eylau, Friedland, Champaubert...

Ah, franceses! ¡Mirad al cerdo lleno

de lodo cómo se oculta en vuestra piel de leon!

LIBRO QUINTO

El parlamentarismo.

I.

Un dia (han pasado sesenta y tres años desde entonces) el pueblo francés, dominado por una familia desde hacia ochocientos años, oprimido por los barones hasta Luis XI, y desde Luis XI por los Parlamentos, es decir, y para emplear la sincera expresion de un gran señor del siglo diez y ocho, "comido primero por los lobos y despues por los piojos"; encerrado en provincias, en castellanías, en bailías y en senescalías; explotado, estrujado, oprimido, cortado, pelado, repelado, raído, roído y vilipendiado; cargado con multas por el solo placer de los señores; gobernado, llevado, vuelto, revuelto, arrastrado, torturado, azotado y marcado con un hierro candente por un juramento; condenado á las galeras por el grave delito de matar un conejo en dominios del rey; ahorcado por cuestion de cinco sueldos; prestando sus millones á Versalles y su esqueleto á Montfaucon; cargado de prohibiciones, de ordenanzas, de patentes, de cartas reales, de edictos bursátiles y rurales, de leyes, de códigos, de usanzas; agobiado por gabelas, por censos, por impuestos, por manos muertas, por contribuciones y sisas, por diezmos, por peajes, por servicios, por quiebras; aplacado con el baston llamado cetro; sudoroso, sofocado, gimiendo sin descanso, coronado, puesto de rodillas, como bestia de carga más que como nacion; un dia, en fin, decimos, el pueblo francés se levantó de repente, quiso ser hombre, y metióse en la cabeza pedir cuentas á la monarquía, pedir cuentas á la Providencia y liquidar sus diez y ocho siglos de miseria y de opresion, de esclavitud y de barbarie; tuvo un arranque maravilloso.

II.

Eligieron un vasto salon, que rodearon de gradas; despues con varias maderas construyeron en medio de él una especie de estrado. Cuando se terminó esta operacion, lo que entonces se llamaba la nacion, esto es, el clero de sotanas encarna-

das y violadas, la nobleza empenachada de blanco y con la espada al cinto, y la burguesía vestida de negro, vinieron á sentarse en aquellas gradas. Apenas tomaron asiento, subió al estrado y se irguió en él una figura extraordinaria.

Qué mónstruo es ese? preguntaron unos.

Qué gigante es ese? preguntaron otros.

Era un sér singular, inesperado, desconocido, salido de improviso de la oscuridad, que producía miedo y fascinaba.

Una enfermedad repugnante le habia dado á su fisonomía la forma del tigre; parecia que todos los vicios habian depositado sus fealdades en su cara, y vestia como la burguesía, de negro, mejor dicho, de luto. Su mirada de leon deslumbraba á la Asamblea; parecia que acriminaba y que amenazaba. Todos le observaban con curiosidad que participaba del terror.

Hizo ademán de hablar y todos guardaron silencio. Entonces se vió salir de aquel sér tan deforme la palabra más elocuente y sublime.

Era la voz del mundo nuevo que hablaba por boca del mundo antiguo; era el 89 que se levantaba de pié y que interpelaba, acusaba y denunciaba á Dios y á los hombres todas las fechas fatales de la monarquía; era el pasado bajo su figura augusta, el pasado al que acardinalaban las ligaduras, que aparecía con la espalda marcada, esclavo desechado, viejo presidiario; el pasado infeliz, que llamaba á grandes gritos al porvenir, al porvenir libertador.

Hé aquí lo que era aquel desconocido; hé aquí lo que hacia en la tribuna.

A su palabra, que por momentos se transformaba en trueno, preocupaciones, ficciones, abusos, supersticiones, errores, intolerancia, ignorancia, fiscalizaciones infames, penalidades bárbaras, autoridades caducas, magistraturas carcomidas, códigos decrepitos, leyes corrompidas; todo lo que, en fin, debia perecer, sufrió una convulsion terrible y comenzó á derrumbar el edificio de todos los absurdos.

Esta aparicion formidable dejó grabado un nombre en la memoria de los hombres.

Deberia llamarse la Revolucion y se llama Mirabeau.

III.

El dia en que Mirabeau puso el pié en el estrado, el estrado se transfiguró y nació la tribuna francesa.

La tribuna francesa! Seria preciso escribir un libro para decir lo que esta palabra encierra.

La tribuna francesa es, desde hace sesenta años, la boca abierta del espíritu humano. Del espíritu humano diciéndolo todo, mezclándolo todo, combinándolo todo; el bien, el mal, la verdad, lo falso, lo justo, lo injusto, lo alto, lo bajo, lo horrible, lo hermoso, el ensueño, la realidad, la pasion, la razon, el amor, el ódio, lo material, lo ideal; y creó las tinieblas para sacar de ellas la luz del dia, formando con su trabajo sublime y eterno el caos para sacar de él la vida, creando la revolucion para obtener con ella la República.

¿Y cómo poder contar lo que ha pasado en esta tribuna, lo que ella ha visto, lo que ha hecho, ni las tempestades que la han combatido, los acontecimientos que ha originado, los hombres que la han hecho estremecer con sus clamores, los hombres que la han hecho sagrada con su palabra sublime?

Despues de Mirabeau, Vergniaud, Camilo Desmoulins, Saint-Just, el jóven severo; Danton, el tribuno enorme, y Robespierre, la encarnacion de la virtud inmensa y terrible, son los que más la han enaltecido.

De ella han salido interrupciones feroces como las que siguen:

—Cómo! exclama un orador de la Convencion; ¿sois vos el que hoy pretende cortarme la palabra?

—Sí, responde una voz, y el cuello mañana; y apóstrofes tan soberbios como éste:

—¡Ministro de la Justicia, dice el general Foy á un guardasellos inícuo; os condeno al salir de este recinto á mirar la estatua de l' Hôpital!

En ella se ha litigado todo, como acabamos de decir, lo mismo las malas causas que las buenas; pero las buenas son las que únicamente han salido victoriosas.

En ella, en presencia de resistencias, de negaciones y de obstáculos, tanto los partidarios del porvenir como los partidarios del pasado, se han acalorado y han perdido la paciencia.

En ella hemos visto fulgurar con violencia la verdad y al sofisma con furor y enojo; de ella han salido todos los extremos.

En esa tribuna ha tenido su orador la guillotina, que fué Marat, y la Inquisicion el suyo, que fué Montalembert; terrorismo en nombre de la salvacion